

ÁLBUM DE VIDA

—Emili Manzano dibuja en 'Me'n record' un **collage** entre Mallorca y Barcelona—

Texto **ANTONIO ORTÍ**

Elpoeta Rainer Maria Rilke solía decir que la verdadera y única patria es la infancia. Hasta allí ha viajado el escritor Emili Manzano en *Me'n record* (Anagrama) para recuperar pequeñas estampitas de vivos colores y varios tamaños. Algunas en blanco y negro, como aquella profesora que advertía en Palma (Mallorca) a los chiquillos que, sino estudiaban y se esforzaban en clase, "el día de mañana acabaréis como esos obreros", a los que señalaba con su dedo en la ventana, mientras construían un solar cercano. Por entonces, Manzano regresaba a casa desde el colegio en un minibus Mercedes-Benz que conducía sor Jerónima, una monja de Felanitx o de Porreres. La religiosa, con cara de pan moreno, todavía ronda por el Arenal, al contrario que aquellos buzones grisáceos de Correos que había en casi todos los chaflanes, en los que vivían los carteros, según creían los niños.

El escritor también recuerda aquellas rimas tan absurdas de los anuncios televisivos: "¿Qué dices? Que te fagorices",

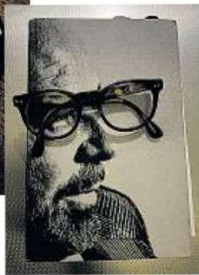
"Moraleja: compre una Agni y tire la vieja!", "Nocilla, ¿qué merendilla!".

Lo que no recuerda (o no ha contado) este mallorquín que luego viajaría a Barcelona para estudiar Filología Hispánica y que se haría famoso y ganaría el Ondas presentando programas como *Saló de lectura*, *L'hora del lector* o *Amb filosofia*, es que la llegada de la televisión terminó encerrando en casa a quienes cada tarde sacaban la silla a la acera para confraternizar con sus vecinos. Por aquella época, el futuro traductor de Céline y Simenon memorizaba las contraseñas de Mortadelo y Filemón para poder acceder a sus entradas secretas: "Esos tipos con bigote tienen cara de hotentote", "Cuando llueve en Almería, se remoja hasta mi tía".

Manzano *se'n recorda* de bajar el pozal con una cuerda hasta la cisterna con el melón dentro para tenerlo en su punto. Su abuelo sostenía que el fresco de la Westinghouse estropeaba esta fruta originaria de Oriente. Uno de los trescientos "recuerdo que..." del libro rescata aquel día inolvidable en que pillaron a su abuelo materno, que hacía muchos años que era viudo, mirando con unos prismáticos a unas chicas que hacían topless en la playa. Al ser descubierto, soltó una frase inolvidable: "Que no vaya a comer no quiere decir que no pueda leer el menú...".

El primer libro que compró el autor de *Me'n record* fue *Emilio y los detectives*, de Erich Kästner, aunque antes su madre le regaló por su santo una novela de Karl May titulada *La muerte del héroe* de la que no podía apartar los ojos cada vez que pasaba por el escaparate de la papelería Blanquerna. En la portada, había un indio apache muy bien dibujado, llamado Winnetou, y su amigo blanco, Old Shatterhand. Manzano coleccionó sus aventuras hasta que, ya mayor, supo que el autor era uno de los preferidos de Hitler y que nunca había estado en América.

Cuando aún llevaba pantalones cortos, Manzano solía ir a una bodega del barrio de Palma donde creció pertrechado con un recipiente de vidrio forrado de mimbre



Detalles

Un joven Manzano, con aires de Paul Newman, el reloj de su abuelo, y su paisaje vital



EL AUTOR BUCEA EN LA MEMORIA DE UNA NIÑEZ ANALÓGICA

La familia
'Me'n record' es un viaje a la infancia del autor y un homenaje a toda su familia, a sus tres hijos y a su mujer



para comprar "tres cuartos de Jumilla y uno de Montilla" que los domingos su padre llevaba de excursión en una bota de piel. Hacia 1970, aún había en su barrio muchos bares: Dos Perellons, Vicent's Chis Ton, Vista Alegre, café Sagrera, cervecería El Jabalí, bodega Hípica, cafetería Teide... Algunos siguen abiertos. Pero si la curiosidad de Manzano es enciclopédica, su escritura es tan sabrosa como un tumbet, aprovechando la expresividad de la variante mallorquina ("aquest nin un dia mos caurà de

memòria!". le decía su *padrina* Apollònia. Rescatar los nombres y la luz que desprendían muchas cosas desaparecidas y compartirlas con el lector es la principal cualidad de este libro, que reivindica la memoria colectiva de una niñez analógica. Cestos de tomates, olivas recién cogidas, calas desiertas, teléfonos enormes ("Dile a tu madre que se ponga al aparato") y amores platónicos como Susana, la niña morenita que se sentaba en el pupitre contiguo y a la que recordaba cada vez que en misa cantaba "Hossana

Ruralidad
 El libro reivindica un regreso a las tardes pescando, a la sencillez natural



en el cielo". Y luego, ya, los hijos (Nicolas, Juliette y Anouk) con la mujer de la que sigue enamorado y a la que cuenta antes que a nadie sus recuerdos de vida, como quien mastica un chicle Dubble Bubble, Dunkin, Cheiv o Bazooka. Como ocurría con las migas de pan de Pulgarcito, el libro permite reencontrarse con autores como Daniel Defoe (la primera noche que pasa Robinson Crusoe en la isla donde estuvo veintitún años, se

sube a la copa de un árbol para refugiarse de las fieras y logra disfrutar de la mejor dormida de su vida), Albert Camus, Jaime Gil de Biedma, Stanislaw Jerzy ("solamente en el reino de las trivialidades existen tierras vírgenes"), Robert Graves, Raymond Carver o Eduardo Mendoza. Pero también muchos sabios sin título, como sus amigos Francisco y Charly (con quien quiso recopilar las citas más olvidables de la literatura universal).

En la penúltima página del libro, Manzano recuerda que Ana María Matute escribió que hay infancias que duran toda una vida. Finalmente, la obra se cierra con el recuerdo de una frase de Marguerite Duras que Manzano anotó en un cuaderno de camino a la universidad: "Hemos de mirar el mundo como si todo estuviera a punto de desaparecer". Así sea. —

Escritor, traductor...
 Manzano rememora sus gustos musicales, los libros y las personas que lo han acompañado en sus 60 años



Entre la cultura y la tradición
 Manzano, veinteañero, leyendo 'Viaje a la Mongolia interior', de Marcel Breuer, entre dos imágenes de la matanza del cerdo y su resultado: una ristra de sobrasadas

